LIBRO IX.

JESUS RESUCITADO.

CAPITULO XXXIV.

La resurreccion.

La resurreccion tuvo lugar al rayar el alba: por su propio poder, sin ausilio ni intervencion de ninguna otra fuerza, sin romper ni separar la losa, penetrándola con la sutileza de su cuerpo glorioso, Jesus salió de la tumba como habia salido del seno virginal de María.

Los guardas nada vieron; no vieron al Hombre-Dios, pero vieron otra cosa. Tembló la tierra; el Angel del Señor descendió del cielo, arrancó la enorme losa, y se sentó en el sepulcro, fulgurante como el rayo. Ante aquel espectáculo los guardas quedaron como muertos; pero pudieron ver, cuando el Angel abrió el sepulcro, que Jseucristo no estaba en él, y que solo quedaban la sábana y el sudario, únicos testigos de lo que habia pasado.

Durante aquel tiempo, María Magdalena, María, la madre de Santiago y Juan, Juana y otra María, se dirigieron al sepulcro llevando los perfumes y los aromas que habian preparado: las tres salieron de Jerusalen muy temprano; pero María Magdalena se habia adelantado á las otras dos.

Magdalena llegó al sepulcro ántes de que fuera el dia claro, y lo halló abierto; no veia á los guardas, y sin detenerse y apresuradamente corrió á advertírselo á Pedro y Juan. "¡Han arrebatado el cuerpo

del Señor!" les dijo. En esto los dos Apóstoles corrieron al sepulcro; Juan llegó el primero, miró, vió la sábana y el sudario, pero no entró en él; Pedro entró, sacó la sábana, y entónces empezaron á creer en la resurreccion con fé imperfecta y por lo que veian, no por lo que Jesus les habia dicho. Ni Pedro ni Juan comprendian aún lo que se halla en las Escrituras y lo que habian oido: que Jesus resucitaria de entre los muertos.

María Magdalena, que habia ido con ellos al sepulcro, no se resolvió á salir de aquel sitio, donde permanecia sola y llorosa. De pronto se inclinó para mirar al sepulcro, y vió en él á dos Angeles sentados, el uno donde habia estado la cabeza, y el otro donde habian estado los piés del Señor. Uno de los Angeles la dijo: "Mujer, ¿por qué lloras?" Sumida en su dolor, y sin mirar á los Angeles, María Magdalena esclamó: "Han arrebatado el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto." En aquel momento apareció un hombre, á quien ella no reconoció, y que tambien la dije: "Mujer ¿por qué lloras? ¿Qué buscas?" Magdalena creyó que aquel hombre era, segun su vestidura, el jardinero, y siempre con la misma idea en la mente, siempre con la vista fija en el sepulcro, respondió: "Si tú le has arrebatado, díme dónde le has puesto, y yo lo llevaré." ¡Qué palabras! ¡Qué fuerza de amor! Yo, mujer, yo, yo sola, seré bastante fuerte; yo le cogeré en mis brazos y le llevaré.

Jesus [porque era El] repuso: "¡María!" Y entónces María, que le reconoció, volvióse esclamando: "¡Maestro!" y arrojándose á sus plantas, se abrazó á ellas.

Jesus la dijo entónces que aún volveria á verle, es decir, que permaneceria algunos dias con los suyos, y añadió: "Vé á encontrar á mis hermanos y díles estas palabras: Yo voy hácia mi Padre y vuestro Padre, hácia mi Dios y vuestro Dios."

En tanto que María Magdalena iba á encontrar á los Apóstoles para cumplir con su mision, María Salomé, madre de Santiago y de Juan, y la otra María, volvian al sepulcro acompañadas de Juana y otras santas mujeres de Galilea, y á su vez quedaban consternadas al ver vacío el sepulcro. De pronto dos hombres, revestidos de brillantes túnicas, se mostraron ante ellas, sin que ellas se atrevieran á levantar la vista del suelo; pero uno de los Angeles las dijo: "No os asusteis; sé que buscais á Jesus Nazareno que ha sido crucificado. ¿Por qué buscais entre los muertos á quien está vivo? Jesus no está aquí; ha resucitado como lo dijo; acordaos de lo que os habló, estando

aún en Galilea: "Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero dia;" ved aquí el lugar en donde le pusieron. Mas id y decid á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis, como os lo dijo."

Pedro es objeto de una mencion especial á causa de su dignidad, y porque ni él ni nadie dude de que se le ha perdonado su triple falta.

Las santas mujeres se acordaron de las palabras de Jesus, y sobrecojidas de espanto y colmadas de júbilo, corrieron á llevar á los Apóstoles la feliz nueva.

Marchaban de prisa, cuando se les apareció Jesus y les saludó como el Angel Gabriel habia saludado á la Vírgen el dia de la Anunciacion: *Avete.* Aproximáronse ellas, le adoraron, y Jesus las dijo: "No temais. Id á decir á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán."

María, Juana y las demas mujeres se apresuraron á contar á los Apóstoles lo que habian visto y oido; aquello confirmaba tambien lo que ya habian sabido por María Magdalena, pero no habian creido á Magdalena, y no creyeron á los nuevos testigos, considerando como un delirio lo que decian.

Los príncipes de los sacerdotes lo creyeron mas fácilmente, y despues de oir la relacion de los guardas colocados en el sepulcro, se reunieron en consejo con los ancianos. Todos, como hombres cautos, comprendieron que el partido mas seguro era evitar que se hablase de ello, y sobre todo que se hicieran pruebas oficiales. No molestaron á los discípulos, y ménos á los soldados, que al contrario recibieron una suma de dinero para que dijeran que los discípulos habian arrebatado el cuerpo de Jesus miéntras ellos dormian. Así, en efecto, lo dijeron; pero la fábula debió parecer grosera aun á los judíos de Jerusalen que no se convirtieron. En cuanto á la obstinada incredulidad de los Apóstoles, hay seguramente en ella algo de misterioso que escede al límite de la razon, y por eso sin duda San Gregorio dice que su causa se hallaba ménos en su enfermedad que en nuestras necesidades. De sus dudas sobre la Resurreccion, que tantas pruebas han exigido, brota una claridad que fortalece nuestra fé: aquellos hombres, por cuya palabra debia creer el universo entero, fueron los mas difíciles en persuadirse, y Jesus resucitado solo venció su resistencia poniéndose á su vista, y por decirlo así, en sus

manos. Pedro fué el primero que, segun las santas mujeres, recibió aquel favor el dia mismo de la resurreccion, lo cual prueba hasta qué punto fué sincero el arrepentimiento del Apóstol y que el perdon fué digno de Dios.

Hé aquí, pues, aquel milagro de Jonás tan severamente anunciado á los judíos. La resurreccion es el último rasgo de aquellas figuras por las cuales no solo las palabras, sino la vida misma de los Patriarcas y Profetas, forman en su conjunto una imágen y una historia anticipada de Jesucristo. Jonás, la paloma errante enviada para convertir á Nínive, la paloma viva en la muerte, es el tipo del paso de Jesucristo al través de la tumba con las diferencias que deben existir entre el hombre y Dios. Jonás rechaza primero su mision por miedo de que la salvacion de Nínive convertida fuera la pérdida de Israel, y Jesus quiere la salvacion de Israel y del mundo: Jonás, iluminado por Dios pide que se le arroje al mar para salvar al buque que le lleva, y Jesus se entrega por sí mismo; y si el buque de Jonás se salva por su sacrificio, la humanidad se salva por la Cruz. Jonás, que cae vivo en las entrañas del monstruo marino, no muere, y á los tres dias es arrojado vivo; por un milagro mucho mas estraordinario, Jesus sale vivo de las entrañas de la tierra, á las que ha descendido muerto. Vuelto entre los hombres, Jonás va á predicar, no á los judíos, sino á Nínive; Jesus enviará á sus Apóstoles á predicar la penitencia y el perdon al mundo entero.

CAPITULO XXXV.

La ascension.

El dia de la Resurreccion, dos discípulos iban de Jerusalen á la aldea de Emaus, que distaba sesenta estadios [unas tres leguas]. Iban hablando de lo que habia pasado, cuando un hombre, al parecer peregrino, se les aproximó, siguió su mismo camino, y les preguntó de qué hablaban y de qué procedia su tristeza. Uno de los discípulos le respondió: "Tú solo eres forastero en Jerusalen, y ¿no sabes las cosas que han pasado estos dias?—¿Qué cosas?" dijo el viajero: y ellos repusieron: "De Jesus Nazareno, que fué un varon Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y delante del pueblo, y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte, y le crucificaron; mas nosotros esperábamos

que El era el que habia de redimir á Israel, y este es el tercer dia que esas cosas han tenido lugar."

Espresado así su desaliento, los discípulos contaron con el acento de la duda, cómo algunas de las mujeres que seguian á Jesus decian que estaba vivo, y lo que tambien se decia de que su cuerpo no estaba en el sepulcro. Entónces el viajero desconocido les dijo: "¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que los Profetas han dicho! Pues qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas para que entrase en su gloria?" En seguida, empezando por Moisés, y siguiendo á todos los Profetas, esplicóles lo que se ha dicho de Cristo en las Escrituras.

Habian llegado cerca del lugar en que tenian que detenerse, y el viajero pareció que queria ir mas léjos; pero los discípulos insistieron para que se quedara, diciéndole: "Quédate con nosotros; se hace tarde." Entró, pues, con ellos, y con ellos se sentó á la mesa; pero miéntras allí estaban, cogió el pan, lo bendijo, y habiéndole partido, se lo presentó. En aquel momento los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron al Señor; pero el Señor desapareció, y se dijeron uno á otro: "¿Por ventura no ardia nuestro corazon dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos esplicaba las Escrituras?"

Ardiendo en el fuego de la caridad de que les habia llenado la presencia de Jesus, se volvieron inmediatamente á Jerusalen, y encontraron á los Apóstoles, que decian: "El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido á Pedro." Ellos mismos contaron lo que habian visto, pero aún muchos no lo querian creer.

Y como los Apóstoles estuvieran hablando de estas cosas, apareció Jesus en medio de ellos, y les dijo: "La paz sea con vosotros." ¡La paz! Esta es la promesa de Belen; esta es la palabra que Jesus les dijo al dejarles en el monte Olivete: la paz es el don de Jesus. Pero los discípulos temblaban y creian ver un espíritu, porque Jesus se encontraba delante de ellos estando cerradas todas las puertas, y Jesus les dijo: "Yo soy, no temais; ved mis manos y mis piés; tocadlos: el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Mostróles en seguida sus manos, sus piés, la llaga de su costado; pero ellos, aunque llenos de alegría, no podian aún persuadirse de que fuera verdaderamente el Señor vivo en su carne. Jesus les preguntó entónces si tenian algo que comer, y le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel, de los que comió en su presencia, diciéndoles en

seguida: "Recordad las palabras que os hablé estando aún con vosotros: "Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mí en los Profetas." Y abriéndoles el espíritu para la inteligencia de las Escrituras, prosiguió: "Era menester que Cristo padeciese y resucitase al tercero dia de entre los muertos: vosotros sois testigos de estas cosas, y debe predicarse en mi nombre la penitencia en todas las naciones, empezando por Jerusalen." Ha revelado la verdad de su cuerpo real, y manifiesta en el momento la unidad de su cuerpo místico, de la Iglesia nacida en Jerusalen, destinada á esparcirse por toda la tierra; de la Iglesia que ha de ser siempre compuesta de judíos y de gentiles, una sola y misma Iglesia.

Habiendo hablado así, repitióles por segunda vez: "La paz sea con vosotros; como mi Padre me ha enviado, yo os envio."

Tomás, uno de los Once, no se hallaba con sus hermanos cuando tuvo lugar aquella aparicion, que luego le relataron; pero Tomás respondió: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no pongo mi dedo en su costado, no lo creeré." Ocho dias despues, los discípulos se encontraban en la misma casa, y Tomás con ellos, y se les apareció Jesus diciéndoles: "Paz á vosotros." Despues, dirigiéndose á Tomás, añadió: "Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel."

Tomás esclamó entónces: "¡Señor mio, Dios mio!" y Jesus repuso: "Porque me has visto, Tomás, has creido: Bienaventurados los que no vieron y creyeron."

Despues de aquellos acontecimientos los Apóstoles y los discípulos volvieron á Galilea, donde les habia citado el Señor. Pedro, los hijos del Zebedeo, Natanael, Tomás y otros dos, se encontraban pocos dias mas tarde á orillas del lago de Genesareth, y Pedro dijo á los otros: "Voy á pescar." Los otros le siguieron entrando con él en la misma barca; pero aquella noche nada pescaron.

Al rayar el alba, Jesus se mostró en la orilla, los discípulos no le reconocieron, y El les dijo: "Hijos, ¿no teneis nada que comer? —No, le respondieron." Jesus añadió entónces: "Echad la red á la derecha y cogereis." Hicieronlo así, y tanto se cargó la red, que no podian sacarla. Juan, al ver aquello, dijo á Pedro: "Es el Señor; y Pedro, al oirlo, se puso su túnica, se la ciñó, y se arrojó al mar, miéntras los otros sacaron la red á la orilla á fuerza de brazos: habia en ella ciento cincuenta y tres peces grandes, y, á pesar de eso, no se rompió. Aquella pesca, en que la red no se arroja al azar, sino que se arroja

á la derecha, figura á la Iglesia que llega al puerto eterno llevando á los elegidos. Hay siete pescadores, para que se represente la universalidad del sacerdocio católico, y en el número ciento cincuenta y tres, segun la interpretacion de San Agustin, se espresa la unidad de Dios, la Trinidad y la humanidad. La red no se rompe, porque entónces ya no habrá que temer ningun cisma, y todo llega á la orilla estable, al descanso, á la paz.

Al llegar á tierra, los discípulos vieron unos carbones encendidos, sobre los cuales habia un pez; Jesus les dijo: "Venid y comed;" sin que ninguno de ellos se atreviera á preguntarle quién era, aunque sabian muy bien que era el Señor.

Despues que hubieron comido, Jesus dice á Pedro: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Pedro respondió: "Sí, Señor; ya sabes que te amo." Jesus le dijo entónces: "Apacienta á mis corderos." Despues volvió nuevamente á preguntarle: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas?" y Pedro respondió por segunda vez: "Sí, Señor, ya sabes que te amo." Y nuevamente le dijo Jesus: "Apacienta mis corderos." Por tercera vez Jesus le preguntó: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro, afligido por aquella insistencia, respondió: "Señor, conoces todas las cosas, y sabes si te amo." Jesus le contestó entónces: "Apacienta á mis ovejas."

Estas tres afirmaciones de Pedro, repetidas tres veces por las triples preguntas de Jesus, expiaban sus tres negaciones. "Debe mostrar, dice San Agustin, el mismo amor que temor mostrara en la Pasion."

Despues de las dos primeras respuestas se confirma á Pedro la dignidad de Apóstol; despues de la tercera se ve revestido de la dignidad incomparable de Pastor de los Pastores. Este es el coronamiento de la gran obra de la Iglesia, y las palabras que Jesus añadió aseguraron la firmeza futura á Pedro, anunciándole al mismo tiempo su muerte gloriosa. "En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo te ceñias, é ibas á donde querias; mas cuando ya fueres viejo estenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras." Jesus le dijo tambien á él solo: "Sígueme;" como para señalar por un rasgo nuevo su dignidad y la especie de fulgor del carácter singular de su martirio.

En seguida fueron los Once á la montaña en que Jesus les dijo que le verian, y se cree que allí fué donde le vieron á la vez mas de

quinientos discípulos adorándole, segun el testimonio de San Pablo. Aproximándose á los Once, Jesus les dijo:

"Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, enseñad á todas las naciones, y bautizadlas en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar todo lo que Yo os he mandado. Y Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo."

Tambien les dijo:

"Id por el mundo entero; predicad el Evangelio á todas las criatúras. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, será condenado. Lanzarán demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas. Quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán."

El Evangelio menciona nuevas apariciones de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que sigue se refiere á la décima y última, que tuvo lugar en Jerusalen, donde habian vuelto los Apóstoles. Comiendo con ellos, Jesus les ordenó que no se separaran de Jerusalen, sino que esperaran allí el cumplimiento de la promesa del Padre que habian recibido de sus labios, anunciándoles de nuevo el bautismo del Espíritu Santo.

Entónces, preocupados aún por el reinado temporal del Mesías, le dirigieron esta pregunta: "Señor, ¿serán esos los tiempos en que restablecereis el reinado de Israel?"

El Espíritu Santo debia quitarles aquella idea; así que, Jesus se contentó con responder: "No, no toca á vosotros conocer los tiempos y señalar los momentos marcados por la Omnipotencia del Padre. Pero vosotros recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros del cielo, y vosotros sereis mis testigos en Jerusalen, en toda la Judea y la Samaria, y en la estremidad de la tierra."

Despues de haberles hablado así, el Señor les condujo fuera de la ciudad hácia la parte de Betania: allí, con sus manos atravesadas por los clavos, les bendijo, y en tanto les bendecia le vieron elevarse y subir á los cielos, hasta que una nube lo ocultó á sus ojos.

Y como aún siguieron mirando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, y les dijeron: "¿Por qué mirais así? Jesus, que acaba de subir al cielo de en medio de vosotros, volverá un dia como lo habeis visto subir."

CAPITULO XXXVI.

Los Apóstoles.—Pedro.

Los discípulos, asiduos en la oracion, esperaban con fé el cumplimiento de las promesas de nuestro Señor.

El décimo dia despues de la Ascension, que era el quincuagésimo de la Pascua, los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés, fiesta conmemorativa del advenimiento de la Ley promulgada cincuenta dias despues de la salida de Egipto, y fiesta durante la cual los judíos ofrecian las primicias de sus cosechas. Los Apóstoles y los discípulos que se hallaban reunidos oyeron de pronto un gran estrépito, como el de un viento impetuoso que descendia del cielo, y en el mismo instante se vieron circundados de llamas que se dividieron en lenguas de fuego, y se colocaron sobre sus cabezas y sobre las de las mujeres, llenándoles del Espíritu Santo, y dándoles aquel bautismo de fuego anunciado por San Juan Bautista. Así, en tanto que los judíos que se habian hecho indignos celebran la fiesta de la Ley antigua, la nueva Ley se promulga, y Dios declara á los que le llevan las primicias de sus campos, que en adelante quiere otras cosechas.

Los apóstoles, segun la inspiracion del Espíritu Santo, empezaron á hablar en diversas lenguas, y atraidos por aquella maravilla, acudieron á oirles grandes turbas de judíos de todas las naciones. Todos se maravillaban al escucharles; pero los judíos de la Judea decian: "Están embriagados:" Pedro, que se hallaba en medio de los Once, les dijo entónces, haciéndoles ver que era ya otro hombre: "Ya os acordais de Jesus Nazareno y de los milagros que hizo entre nosotros. Os fué entregado, le crucificásteis y le quitásteis la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de su resurreccion. Ha subido al cielo y ha enviado al Espíritu Santo á quien ois. ¡Oh Casa de Israel! sabe que Dios ha hecho Señor y Cristo á Jesus que crucificásteis."

Así habló Pedro, en medio de Jerusalen, enfrente de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos y del pueblo, mes y medio despues de la Pasion y muerte de Jesucristo. Esta es la primera persona del *Credo* que debe resonar por siempre en el mundo entero.

Entre los que oian, muchos le dijeron: "Hermano, ¿qué debemos hacer?—Haced penitencia; recibid el bautismo en nombre de Jesu-

cristo, para la remision de los pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo." Despues de instruirlos de ese modo, les exhortó á separarse de aquella raza corrompida, y aquel dia bautizó á tres mil personas. Tal fué la primera redada del pescador de hombres.

Los Apóstoles admiraban á Jerusalen con sus numerosos milagros. Un dia que Juan y Pedro iban á orar á la hora de nona, vieron á la puerta del templo á un cojo de nacimiento que pedia limosna. Pedro le dijo: "No tengo oro ni plata, pero doy lo que tengo: en nombre de Jesus Nazareno, levántate y marcha." Cogióle al mismo tiempo por la mano, y el cojo, marchando alegremente, les acompañó al templo. Reunióse una gran multitud en torno de los Apóstoles, y Pedro dijo: "¿Por qué os maravillais de esto, ó por qué poneis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este? El Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesus, á quien vosotros entregásteis y negásteis delante de Pilatos, juzgando el que se debia librar. Mas vosotros negásteis al Santo y al Justo, y pedísteis que se os diese un hombre homicida y matásteis al Autor de la vida, á quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y en la fé de su nombre he confirmado su nombre á este que vosotros habeis visto y conoceis, y la fé, que es en El, le ha dado esta perfecta salud á vista de todos vosotros."

Así el Apóstol, imputando á ignorancia su crímen contra Jesus, les apremió á que alcanzasen la fé, puesto que á ellos, en primer lugar, habia enviado Dios á su Hijo.

Miéntras hablaba, los sacerdotes y los saduceos con los guardas del templo, furiosos al ver á Pedro anunciar la Resurreccion, le prendieron juntamente con Juan. Hasta aquel momento los asesinos de Jesus no habian querido perseguir á sus discípulos; se recataban de hacerlo, no porque no temieran su fuerza, sino porque deseaban apagar el recuerdo de su Maestro. Pero el milagro de Pentecostés y el de Pedro les hicieron cambiar de opinion.

Pedro y Juan, conducidos á la cárcel, comparecieron el dia siguiente ante el tribunal que habia juzgado al Salvador, y que estaba presidido por Anás y Caifás. Preguntóseles en nombre de quién y con qué potestad habian curado al cojo, y Pedro les respondió: "En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis y á quien Dios resucitó de entre los muertos; y no hay salud de ningun otro, porque no hay otro nombre bajo del cielo dado á los hombres en que nos sea necesario ser salvos."

Al oir esta respuesta, los jueces de Jesucristo se vieron muy desconcertados; no encontraban medio de negar el milagro, y no querian pasar por él. El mejor partido les pareció el silencio: y creyendo que unos hombres de baja clase é ignorantes, como los discípulos, no resistirian á las amenazas, les prohibieron, con penas las mas severas, que enseñaran y hablaran en adelante ningun título de Jesucristo. Pedro y Juan replicaron: "Juzgad vosotros si es justo delante de Dios oiros á vosotros ántes que á Dios. Pues no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oido." Palabras son estas que la conciencia humana puede contar en el número de aquellas que le han salvado y que impedirán por siempre su ruina.

Los jueces redoblaron sus amenazas; pero no atreviéndose á castigarlos, pusiéronles en libertad. Tal fué el primer proceso por que pasó la Iglesia que celebró su feliz éxito por un cántico en el que se manifiestan la poesía y el entusiasmo de un universo nuevo, y por el cual, los que recuerden qué era lo que se cantaba entónces en el mundo, admirarán la generacion victoriosa que acababa de nacer en el Calvario.

Todos los discípulos, con el mismo espíritu, levantando la voz á Dios, dijeron: "Señor, Tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos: Que en Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Porque verdaderamente se ligaron á una en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesus, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretaron que se hiciese. Y ahora, Señor, pon los ojos en sus amenazas, y concede á tus siervos que con toda libertad hablen tu palabra, estendiendo tu mano á sanar las enfermedades, y á que se hagan maravillas y prodigios en nombre de tu Santo Hijo Jesus."

Cuando hubieron orado así, tembló la casa en que se habian reunido, dándoles Dios esa prueba de que estaba con ellos siempre, y de que podia derribar á los judíos y la tierra. Los discípulos, llenos del Espíritu Santo, continuaron predicando como si nada tuvieran que temer, y cinco mil personas fueron bautizadas despues de la segunda predicacion de San Pedro.

Pedro no era solo el jefe espiritual, sino tambien el juez, y en cier-

to modo el Rey de aquella nacion nueva: innumerables milagros confirmaban su potestad; se colocaba á los enfermos en las calles á su paso, y quedaban curados con solo que la sombra del Apóstol diera en ellos.

Los príncipes de los sacerdotes y su partido, es decir, el partido de los incrédulos, vieron que necesitaban tomar otras medidas para concluir con lo que llamaban la secta de Jesus. Prendieron de nuevo á los Apóstoles y los encarcelaron; pero se les apareció un Angel, les abrió las puertas de la cárcel, y les dijo: "Id y predicad libremente."

Al dia siguiente, apénas se abrió el templo, fueron á predicar á la galería de Salomon, donde se les habia prendido despues de que curaron al cojo.

Entre tanto los jueces estaban reunidos y se les fué á decir que todo estaba en órden en la cárcel, las puertas cerradas y los guardas en las puertas, pero que los prisioneros habian desaparecido, aumentándose su admiracion cuando supieron que aquellos á quienes buscaban estaban enseñando libremente en las galerías del templo. Prendiéronles de nuevo, pero sin violencia por temor al pueblo, y el sumo sacerdote les preguntó "cómo despues de los preceptos que les habian impuesto se atrevian á pronunciar el nombre de Jesus." "Habeis, añadió, llenado á Jerusalen de vuestra doctrina, y quereis echar sobre nosotros la sangre de *ese hombre*."

Pedro y los Apóstoles respondieron: "Es menester obedecer á Dios ántes que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros hicísteis morir poniéndole en un madero. A este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y por Salvador, para dar arrepentimiento á Israel, y remision de pecados. Y nosotros somos testigos de estas palabras, y tambien el Espíritu Santo, que ha dado Dios á todos los que le obedecen."

Los jueces se consultaban entre sí sobre cómo les darian la muerte; pero un doctor fariseo muy respetado, llamado Gamaliel, que enseñaba la Santa Escritura, y que mas tarde se convirtió, pudo persuadirles de que no les hicieran nada, diciéndoles: "Si esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; pero si viene de Dios, no la podeis deshacer, y es de temer que resistais á Dios." Para que tales palabras se pronunciaran en el tribunal que habia condenado á Jesus, y para que fueran aceptadas por la mayoría presidida por Caifás y Anás, era preciso que los milagros hubieran hablado con gran elocuencia. Sin

embargo, el consejo mandó azotar á los Apóstoles y les intimó nuevamente la órden de que bajo ningun concepto hablaran de Jesus; pero ellos, llenos de júbilo por haber sido juzgados dignos de sufrir oprobio por el nombre de su Maestro, continuaron enseñando públicamente en el templo y en todas partes. Aumentaban tambien las conversiones, y se organizó una persecucion mas violenta.

Despues de la Ascension, los Apóstoles habian completado el número de doce llamando al discípulo Matías designado por la suerte para reemplazar al Iscariote. Mas tarde, á fin de descargarse del cuidado material de la comunidad, habian instituido siete diáconos de entre los discípulos. El primer diácono, llamado Estéban, habia estudiado con Gamaliel.

Era Estéban un hombre lleno de fé, de ciencia, de ardor, y que hacia grandes milagros; y como los judíos griegos que habian tenido con él controversias públicas no estuvieran satisfechos del resultado de ellas, le acusaron de blasfemo y le llevaron ante el consejo, presentando tambien testigos falsos. Cuando Estéban se halló en presencia de los jueces, vieron ellos que su rostro resplandecia como el de un Angel. El sumo sacerdote le interrogó, y él se defendió con superior elocuencia; mostró cómo los judíos habian perseguido siempre á los Profetas; cómo fieles al mal espíritu de sus padres, acababan de quitar la vida á Aquel á quien los Profetas venian anunciando, al Mesías prefigurado por Moisés. Aquel discurso hizo comprender á los fariseos que la inteligencia de los libros santos salia de sus escuelas y pasaba á los discípulos de Jesus: se pusieron furiosos; pero miéntras rechinaban sus dientes contra Estéban, Estéban, levantando los ojos, esclamó: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está á la diestra de Dios."

Al momento los miembros del consejo, con grandes clamores, se precipitaron sobre él, y le arrastraron fuera de la ciudad para apedrearle. Segun la ley, los testigos debian arrojarle las primeras piedras; y á fin de hacer ver que ejecutaban lo dispuesto, pusieron sus vestiduras á los piés de un jóven discípulo de Gamaliel, ya doctor, y que se hallaba allí como delegado de los jueces. Estéban, miéntras se le apedreaba, decia: "Señor mio Jesucristo, recibid mi alma;" y poniéndose de rodillas, dijo tambien: "Señor, no se les impute á crímen este pecado;" y al pronunciar estas palabras espiró, ó como dice la Escritura, se durmió en el Señor. Estéban fué el primer mártir, el primero que recibió en este mundo el cumplimiento de la pri-

mera promesa hecha por Jesus á sus primeros discípulos: "Vereis el cielo abierto."

Los judíos se consolaban de su nuevo crímen, diciéndose que al ménos la *secta* no remplazaria fácilmente al hombre lleno de ciencia, de elocuencia y de ardor á quien acababan de quitar la vida; pero aquel jóven doctor á cuyos piés habian dejado los verdugos de Estéban sus vestiduras se llamaba Saulo; aquel jóven debia luego llamarse Pablo, y ser llamado el Apóstol en todas las lenguas humanas.

El martirio de San Estéban fué la señal de una gran persecucion en la que Saulo no permaneció inactivo, devastando la Iglesia, entrando en las casas y arrastrando por fuerza á las cárceles á los hombres y á las mujeres.

Todos los discípulos se dispersaron; pero los Apóstoles, aunque eran los mas amenazados, no salieron de Jerusalen por obedecer la órden de Jesus: otros fieles fueron bastante valerosos para dar honrada sepultura al cuerpo de Estéban; y por lo demas, la persecucion y la dispersion tuvieron el efecto que el mundo ya se ha acostumbrado á verlas producir: el Evangelio se esparció rápidamente, y la Samaria se aprovechó de él la primera. El diácono Felipe, á ejemplo del Maestro, atravesó la barrera de la nacionalidad judáica, y cosechó allí donde Jesus habia sembrado. San Pedro y San Juan, tiernamente unidos por la caridad, fueron de Jerusalen, en nombre del colegio apostólico, para administrar la confirmacion á aquellos á quienes Felipe habia bautizado, comunicándoles los demas dones del Espíritu Santo.

Por allí tambien se manifestó el primer hereje casi en el instante en que acababa de ser coronado el primer mártir.

Al ver los milagros de Felipe, un samaritano que traficaba con la magia pidió y obtuvo la gracia del bautismo, y cuando fué testigo de las nuevas gracias que seguian á la imposicion de manos, ofreció dinero á los Apóstoles porque le diesen á él el poder de comunicar el Espíritu Santo; pero Pedro le dijo: "Tu dinero sea contigo en perdicion, porque has creido que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios. Haz, pues, penitencia de esta tu malicia: y ruega á Dios, si por ventura te será perdonado este pensamiento de tu corazon."

El mago, asustado, suplicó á los Apóstoles que intercedieran por él; pero quedó sumido en su crímen, tratando de obtener el don de

Dios, y fingiendo que lo habia obtenido para venderlo. Este es siempre el carácter de la herejía.

Los bautizados de la Samaria eran las primicias de una conquista mucho mas grande que el Evangelio iba á emprender en una época próxima. Los Profetas habian anunciado que el reino de Dios se abriria tambien á los paganos; Jesus habia dicho: "Enseñad á todas las naciones:" y humanamente parecia imposible llamar á los paganos sin imponerles al mismo tiempo todo el judaismo, ó sin destruir por aquel golpe á todos los judíos. Hasta entónces el Evangelio solo se habia predicado á los hijos de Abraham, y solo los mas fervorosos de entre ellos lo habian abrazado, olvidándose de ciertas observancias farisáicas, pero mostrándose mas asiduos en el templo, y sin que les ocurriese siquiera la idea de que la circuncision pudiera ser abolida. A sus ojos, todo incircunciso era impuro, y no se podia comer, beber ni tener ninguna intimidad con él. ¿Cómo podia romperse aquella barrera? ¿Cómo podia imponerse á los gentiles la circuncision y la privacion de los alimentos declarados impuros? ¿Cómo se podia admitir en la Iglesia, únicamente compuesta de los judíos fieles, á unos hombres con cuyo contacto se creian manchados? Para esto era preciso una revelacion divina, y Pedro la recibió.

Habia en Cesárea un centurion de la cohorte itálica llamado Cornelio, hombre honrado, hombre de aquellos cuyo deseo llamaba á Dios. Aunque incircunciso, se hacia hecho judío, como otros muchos, porque al ménos el culto de Israel satisfacia en algo las aspiraciones del corazon. Oraba asiduamente, hacia limosnas, temia á Dios, y toda su familia era como él. Un dia un Angel se le apareció hácia la hora de nona, la hora de la aparicion á Zacarías, la hora del cojo curado, á la puerta del templo, la hora del último suspiro de Jesus.

El Angel, al aparecerse á aquel hombre, le dijo: "Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios. Envia, pues, ahora hombres á Joppe, y haz venir acá á un hombre llamado Simon, que tiene por sobrenombre Pedro: este habita en casa de Simon el curtidor, que tiene su casa junto al mar: él te dirá lo que te conviene hacer."

En el momento Cornelio llamó á dos de sus domésticos y á uno de sus soldados que temia á Dios, y les envió á Joppe. Al dia siguiente, cuando los enviados de Cornelio llegaron á Joppe, Pedro subió á lo alto de la casa á hacer oracion, y sintiéndose con hambre, quiso desayunarse; pero en tanto le aprestaban el desayuno cayó arrebata-

do en éstasis y vió el cielo abierto, y que descendia un gran lienzo, en forma de vaso atado por los cuatro cabos, en el que habia de toda clase de cuadrúpedos y reptiles de los declarados impuros por la Ley. Al mismo tiempo el Apóstol oyó una voz que le decia: "Pedro, levántate, mata y coma.—No, Señor, repuso Pedro, porque nunca comí nada impuro;" pero la voz siguió diciendo: "Lo que Dios ha purificado no lo llames tú impuro." La vision se renovó por tres veces, y luego el vaso se volvió al cielo.

Aquellos cuadrúpedos impuros figuraban á los paganos manchados por la impureza y sometidos á todas las pasiones brutales, y parecen descender del cielo, porque la eleccion divina se los daba á Pedro para que les recibiera en la Iglesia. *Mata y come:* haz que muera el hombre antiguo é incorpórale á tu unidad.

Pedro no comprendió en el momento la vision, pero cuando estaba pensando en ella llegaron los enviados de Cornelio, y el Espíritu le dijo: "Baja, y vete sin temor con ellos." Habiendo, pues, recibido á los mensajeros, Pedro, al dia siguiente, les siguió, mostrándose ya el servidor de los servidores de Dios. Algunos de los hermanos del pueblo de Joppe le acompañaban, porque Pedro no va solo ni obra sin testigos.

Cornelio le esperaba con sus parientes y sus mejores amigos, y apénas le vió se arrojó á sus plantas; pero Pedro le levantó, y dijo: "Vosotros sabeis cómo es cosa abominable para un judío el juntarse ó allegarse á estrangero: mas Dios me ha mostrado que á ningun hombre llamase comun ó inmundo. Y por esto sin dificultad he venido luego que me has llamado. Pregunto, pues, ¿por qué causa me habeis hecho venir?"

Cornelio le contó lo que le habia dicho el Angel, añadiendo: "Y ahora nosotros todos estamos en tu presencia para escuchar todas las cosas que el Señor te ha mandado."

Pedro, admirando la gracia que Dios habia hecho á los hombres anunciándoles la paz por Jesucristo, Señor y Salvador de todos, empezó á instruir á aquellos gentiles tan milagrosamente llamados, y miéntras les instruia, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre todos los que le escuchaban, de modo que, con gran sorpresa de los fieles circuncisos, empezaron á hablar diferentes lenguas y á glorificar á Dios. Entónces Pedro dijo á sus compañeros: "¿Quién podrá negar el bautismo á aquellos que han recibido el Espíritu Santo?" Y

mandó que fueran bautizados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

De vuelta á Jerusalen, el Apóstol tuvo que sufrir algunas reconvenciones de parte de los fieles por haber entrado en casa de los incircuncisos y haber comido con ellos.

Estas palabras y la reconocida autoridad de Pedro, que habia recibido las llaves para cerrar y para abrir, apaciguaron los escrúpulos judáicos, y los que habian murmurado concibieron una santa alegría, esclamando: "¡Gloria á Dios que ha dado la gracia de la penitencia á los estrangeros, á fin de que tengan la vida!"

CAPITULO XXXVII.

Los Apóstoles.—Pablo.

El muro de separacion empezaba á derrumbarse. Pedro, escogido para dar el primer golpe, habia abierto una ancha brecha en él, y el atleta que iba á concluir la obra, iba á formarse por las mismas manos de Jesucristo.

Despues de la muerte de Estéban, Saulo siguió persiguiendo con ardor á los fieles: era fariseo de raza, educado en Jerusalen, instruido, elocuente, acaso ambicioso, y habia tomado como objeto de su vida el mostrar el mayor celo por las tradiciones. Nacido en Tarso, pertenecia sin duda á la Sinagoga de los helenistas, cuya cólera por la polémica victoriosa de San Estéban habia encendido la primera persecucion. Saulo consintió en la muerte de Estéban, y participó de ella; pero la oracion del mártir habia subido al cielo por él.

Furioso todavía, y respirando solo venganza y muerte contra los discípulos de Jesucristo; no satisfecho con haber contribuido á arrojarlos de Jerusalen, Saulo pidió al sumo sacerdote cartas para la Sinagoga de Damasco, á fin de prender á los que se hallaban en aquella ciudad.

Seguia aquel camino: se aproximaba ya á Damasco, cuando de pronto le circundó una luz prodigiosa, cayó en tierra, y oyó una voz que le dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" El esclamó: "¿Quién eres, señor?" El Señor repuso: "Yo soy Jesus á quien persigues: dura cosa es cocear contra el aguijon." Esto muestra que ya la gracia luchaba en Pablo, quien admirado y tembloroso, no resistió mas. "Señor, dijo, ¿qué quereis que haga?" El Señor contestó: "Le-